

glos? Creía en Marte, en Júpiter, en Venus. No se sabe que hubiera protegido una sola verdad, ni rechazado un solo error. Y cuando las pasiones se disgustaron de tan estúpidas creencias, ¿los hombres fueron llevados á la adopción de principios más sólidos, de opiniones más sanas? ¿En qué pueblo se abolió la idolatría, se reformaron las costumbres? Hasta hoy no se tiene noticia de él. ¿Qué hizo, pues, la razón pagana? Dejó todos los vicios divinizados en posesión de sus templos, y combatió con todo su poder las verdades tradicionales, que se hallaban mezcladas con los errores del paganismo. Ella creó las doctrinas de la nada y los costumbres del siglo de Tiberio; ella formó á Petronio y á Nerón (1).»

La libertad absoluta de cultos, la libertad absoluta de la cátedra, de la prensa y de la palabra nos devolvería el paganismo doctrinal, el paganismo moral, el paganismo religioso.

Y si bien la acción del catolicismo impediría que la corrupción y la negación llegasen hasta al punto que en su primer período; sin embargo se verían violentamente amenazados los sagrados principios de la sociedad, la fe y la moral de la Iglesia.

Por donde se ve que el Estado no puede admitir, ni de hecho admite, ni jamás ha admitido la absoluta libertad de cultos, la absoluta libertad de la palabra, por la razón misma que la Iglesia señala, que es la influencia que ambas absolutas libertades ejercerían en la corrupción de las costumbres.

Y esta limitación trazada por la sociedad en vista de sus intereses la formula la Iglesia atendiendo á sus creencias.

En este terreno la admisión de la libertad de cultos no puede ser elevada á principio doctrinal por ningún creyente. El que cree en la verdad no puede sancionar el culto del error sin ser idólatra. Por ello, Montalembert, en uno de sus más célebres discursos, en que examinaba la gran cuestión de la libertad de cultos, decía: «Yo admito absolutamente la distinción con tanta justicia consagrada entre la intolerancia dogmática y la libertad civil; de acuerdo con los intérpretes más autorizados de la Religión y de la filosofía, yo afirmo que la libertad moral me da la facultad de escoger entre el bien y el mal, y no el derecho de escoger el mal.»

(1) *Ensayo sobre la indiferencia.*

Pero esta cuestión, resuelta por la Iglesia en la región elevada de las doctrinas, ha suscitado una verdadera tempestad en la práctica. Francia, Austria, Inglaterra, Prusia, Alemania, Bélgica, Suiza, tienen una Constitución en la que se halla expresamente reconocida la libertad de cultos.

Toda la América profesa esta libertad.

Rusia tiene unidad, pero unidad cismática; Suecia y Holanda tienden á la unidad protestante.

Algunos han creído que la palabra del Papa era señal de la insubordinación general de los católicos; la trompeta que nos llamaba á las catacumbas ó al monte Aventino; la convocación de una nueva cruzada para la destrucción de todos los templos extraños á nuestra Iglesia; la abolición de todos los cultos divergentes.

Los periódicos revolucionarios así lo propalaron, porque les interesaba para provocar el enojo de los pueblos contra la Iglesia, presentándonos como los perturbadores del orden social.

Felizmente los obispos de Francia, habituados á los grandes combates, dotados de aquel criterio perspicaz que solo se adquiere en las sostenidas luchas de principios, previeron las intenciones de los adversarios, y una voz, reclamaron del gobierno la parte que les correspondía en la herencia de la libertad.

Ni un solo obispo ha pedido la abolición de la Constitución francesa, sino su exacto cumplimiento. «Dejadnos ejercer la libertad que ejercen los pastores protestantes y los rabinos judíos,» han dicho al ministro de cultos.

¿Revela esto espíritu de intolerancia? Nunca se ha hallado la Iglesia poseída de él; su espíritu es de propaganda, no de intolerancia; de organización, no de insubordinación.

¿Estará la tolerancia desairada porque no sea permitido negar á Dios y proferir blasfemias? Pregunta el Excmo. Sr. Obispo Monescillo, en su pastoral, sobre la tolerancia religiosa.

¿Sabeis como intolerantes? decía en otra página, «como la verdad y lo somos en todo lo que es verdad. En la hora que así no fuéramos tolerantes habríamos dejado de ser inteligentes. Creemos con profunda intolerancia que solo hay un Dios, que no son muchos, ni deja de ser uno; y no toleramos á quien niegue á Dios, ni á quien le multiplique. Somos igualmente intolerantes en la fe, en la doc-

trina católica; y lo somos por no quedarnos sin fe y sin doctrina como los que tienen evangelio y doctrina diferente de la católica, llámense ó no aliados evangélicos. Es mas; somos intolerantes cómo lo es la luz, como lo es el juicio humano, como lo son los números. Poned junto al sol las mas negras sombras, y él las despejará; decid al juicio humano que no falle, conocidos los términos de la comparacion, y os arrojará con lúcida intolerancia; contad cinco unidades, seis, setecientas, tres, dos, una cuando hayais su nado dos y dos; y veréis levantarse intolerante contra vosotros el número cuatro. ¿Por qué así? Porque la verdad es intolerante. Pasad esta operacion al órden moral, á la jurisprudencia, á la política; y encontraréis que siempre y donde la verdad sea clara y manifiesta será tambien exclusiva de su contrario y de toda mezcla.»

La Iglesia aspira y aspirará siempre á constituir la unidad del espíritu. Los medios con que debe unificarse el espíritu los conoce todo hombre reflexivo.

Conviene, pues, hacer la debida distincion entre el espíritu de intolerancia y el espíritu de propaganda. La propaganda de la unidad es la aspiracion constante de la Iglesia; la intolerancia dogmática es una consecuencia lógica del espíritu de unidad; mas allá de aqui, se encontrará á la Iglesia siempre sufrida y prudente.

En la misma Ciudad Eterna nos contó una persona categorizada la siguiente anécdota, pasada entre Su Santidad y un anglicano, que define perfectamente el espíritu del Pontífice católico.

// «Al partir para Roma un inglés protestante, varios católicos le encargaron les trajera como recuerdo algunos rosarios y medallas bendecidas por el Papa. Hombre bien educado y hasta galante, dióles palabra de que así lo haria.

// «Llegado á Roma, conmovido por el ambiente sagrado que allí se respira, embelesado por la majestad de las ceremonias y la dignidad del culto católico, poseido de un respeto profundo, que la vista del Papa le inspiró, determinó conseguir una audiencia con Su Santidad. Tomó por pretexto el deseo de que fueran bendecidos en su presencia aquellos objetos. Consiguiólo con facilidad. El Papa lo recibió con la cordialidad que le es característica, bendijo sus rosarios, sus medallas, sus estampas, y díjole: *Ahora, hijo mio, voy á bendecirte á ti.*»

«Deteneos Santidad, contestó el inglés, yo no pertenezco á vuestra

Iglesia; yo no merezco vuestra bendicion; no soy de la familia; no soy hijo.»

«Pero sois hijo de Dios, añadió el Papa, y yo bendigo á todos los hijos de Dios, para que él que es padre de todos, á todos ilumine, convenza y salve.»

El protestante cayó de rodillas, el Papa extendió sus manos sobre él, y dijo: *Fiat misericordia tua super nos.*

El protestante salió contando y glorificando las cosas que habia visto y oido, y confesando á todos los católicos que en el pontificado está la vida y la verdad.

El método evangélico es propagar la verdad por la misericordia; defender la justicia sin turbar la paz: en el cristianismo, *misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax deosculatae sunt.*

Este ha sido el constante espíritu de todos los apologistas y santos Padres; desde san Atanasio á Dupanloup no se ha torcido la línea de conducta trazada por la misericordia.

Terminemos esta cuestion con algunos párrafos, tomados del último opúsculo del obispo de Orleans: «En un libro sobre *la soberanía pontificia* al que Pío IX se ha dignado tributar elogios que no creo oportuno reproducir, yo he recordado la tradicion católica sobre el particular, citando las palabras de los mas grandes doctores y de los mas célebres pontífices:

«No es, dice san Atanasio, con la espada de los soldados y de los verdugos como debe predicarse la verdad, sino por el consejo y la persuasion. El carácter de la religion no es imponer, sino persuadir.

«Y Tertuliano, á pesar de su dureza, decia: Imponer la religion no es seguirla; á ella se la acepta libremente, pero no se la abraza por violencia; es á la voluntad, es al corazón á los que se piden los sacrificios.

«Y san Agustín, el gran convertido, decia á los herejes de su tiempo: «Que se ensañen contra vosotros los que ignoran con cuánta pena se encuentra la verdad! lo que es yo que no he podido contemplar la luz de la verdad, sino después de haber estado mucho tiempo rodeado del error; no me ensañaré jamás contra vosotros.»

«San Hilario de Poitiers, escribió en su nombre y en el de sus colegas en el episcopado: «Si quisiera emplearse la violencia para servir la verdadera fé, la doctrina de los obispos se opondría á ello,

y todos dirían con razón: es con simplicidad de espíritu que conviene buscar á Dios; es por la rectitud de la voluntad que es preciso adherirsele.

« Pero esto no quiere decir que la Iglesia, sin la cual hoy se niega todo, no tenga como toda sociedad derecho de defensa, su disciplina canónica, su autoridad correctiva. »

« Qué, ¿ la Iglesia debe estar constituida en la tierra como si su union debiera extenderse únicamente á los ángeles ? »

« Qué, ¿ la Iglesia debe permanecer absolutamente sin fuerza para defenderse á sí misma y á sus hijos de los ataques de la impiedad ? »

« ¿ Quiere decir esto que la autoridad espiritual carecerá del derecho que nadie niega á la autoridad paternal, cuyas cargas reasume, y que dejará corromper impunemente los espíritus y los corazones, la fé y la moral de sus hijos ? »

« ¿ Que no tiene en su favor lo que tiene esencialmente el mas humilde padre de familias, el derecho, el deber y los medios de proteger á los que ama, contra los enemigos de la familia y contra ellos mismos, y de impedirles entregarse á locuras, de engañarse, de perderse ? »

« ¿ Quiere decir esto, que si ha existido en el decurso de los siglos, ó si todavía existe en algunas regiones del mundo, un país donde la ley de la Iglesia haya pasado á ser, á causa de la unidad de fé y del acuerdo de las voluntades de todos los ciudadanos, la misma ley civil, y donde el Estado se ha hecho el obispo exterior, el protector de los santos cánones; quiere decir esto que la conducta de la Iglesia y del Estado haya sido allí fuera de derecho? hé ahí el sentido de la proposicion LXXVII. *Etate hac nostra non amplius expedit*, etc., que tan extrañamente vosotros habeis traducido. »

« ¿ Diréis que no ha sido tal el estado de los grandes países de la Europa durante muchos siglos, que alcanzaron una gloria, á la que no estamos ciertos de igualar con la nuestra? Encontrais dulces los frutos de la division? ó segun vosotros la unidad religiosa no es para un país un bien para cuya conservacion no pueden hacerse lealmente grandes esfuerzos? »

Cuanto puede decirse sobre este particular lo ha dicho el obispo de Orleans. La defensa de la unidad religiosa no puede hacerse de una manera mas digna, mas concienzuda, mas convincente. La España, una de las pocas naciones que conserva la unidad religiosa,

debe quedar profundamente agradecida al Aguila de san Félix; él viene á reforzar con el nervio de su contundente palabra las exposiciones de los obispos españoles; sus palabras sobre la unidad religiosa son una corona que viene á sentarse suavemente en la siempre cristiana frente de la España.

Fáltanos decir algo sobre las cuestiones suscitadas por los defensores de la proposicion ochenta: « El Pontífice romano puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilizacion moderna. »

Grandé ha sido la algazara de los adversarios de la Iglesia al leer esta condena. Han dicho que el catolicismo pretendia reconstruir la edad media, el feudalismo, el absolutismo, cerrar los Parlamentos; que condenaba el progreso de las ciencias, que mandaba apagar el gas, destrozor las vías férreas, romper los hilos telegráficos, llenar los tuneles abiertos para dar paso á las aguas y á los trenes, desnivelar las carreteras; que evocaba las costumbres bárbaras: estas y otras cosas dijeron, que no son merecedoras de una refutación seria.

Vamos á proceder por principios: lo que se condena en la proposicion ochenta está explicado en la alocucion *Jam dudum*, á la que el mismo *Syllabus* alude. La explicacion genuina, legal, debe buscarse allí. Veamos pues:

« Dése á las cosas su verdadero nombre, dice, y esta Santa Silla nunca faltará á lo que á sí se debe. Esta Santa Silla fué la que patrocinó y fomentó la verdadera civilizacion; y los monumentos históricos dan evidente testimonio y prueban que en todos tiempos la Santa Sede ha introducido la verdadera y real humanidad de costumbres, la moralidad y la ilustracion en las mas apartadas regiones de la tierra. Mas cuando en nombre de la civilizacion se quiere entender un sistema establecido á propósito para debilitar y acaso destruir la Iglesia de Jesucristo, nunca esta Santa Sede, ni el romano Pontífice, podrán formar alianza con semejante civilizacion; pues como dice muy acertadamente el apóstol san Pablo, ¿ qué hay de comun entre la justicia y la iniquidad, ó qué alianza puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿ qué alianza cabe entre Cristo y Belial? » (1)

La civilizacion con la que el pontificado no puede reconciliarse es

(1) II Cor. VI, 14, 15.

la definida por el mismo en las anteriores líneas: *el sistema establecido á propósito para debilitar y acaso destruir la Iglesia de Jesucristo*. El que se halla con el enemigo para entregarle la plaza que defiende ¿cómo se llama? traidor. La traicion al catolicismo no se ha sentado jamás en la silla de Pedro.

Sin duda las anteriores consideraciones dictaron al P. Dechamps una página que nunca fué tan oportuno recordar como lo es hoy. En ella aquel sabio belga trata de reducir á su verdadero término la expresion de estos grandes principios; obedecer esta palabra de Pio IX: « *Dése á las cosas su verdadero nombre.* »

« ¿ Mas es verdad que el cristianismo viviendo en la Iglesia y por la Iglesia de Jesucristo haya sido el manantial de la civilizacion moderna ?

« Fijad vuestras miradas en el mapamundi; recorred sus contornos y las fronteras de las naciones, y decid ¿ dónde encontráis la civilizacion y dónde no la encontráis? ¿ No se halla donde quiera que reina la fé de Jesucristo? ¿ Y donde no reina esta fé encontráis la civilizacion? Este hecho inmenso nos confiere ya el derecho de decir á los que disfrutan de las ventajas de esta civilizacion sin observar la fé cristiana, que ellos beben en la corriente de unas aguas de cuyo manantial reniegan. Mas queremos convencerlessólidamente; y para mejor conseguirlo vamos á aclarar las ambigüedades, definiendo los términos y estableciendo el verdadero sentido con tal claridad que la razón no pueda rechazarla sin resistir á la evidencia.

« ¿ Qué debemos, pues, entender por civilizacion ?

« Debe entenderse el estado de perfeccion social. Civilizar es llevar la sociedad hácia el estado de perfeccion.

« Civilizar eti mológicamente es hacer ciudadanos, es hacer á los hombres capaces de contribuir á la conservacion, al bienestar y á la bienandanza de la sociedad.

« Es pues evidente que para formar ciudadanos es necesario ante todo formar hombres, adornarles de las cualidades que los perfeccionen. La perfeccion moral es así la condicion primera de la perfeccion social. Para tener el derecho de hablar de civilizacion es necesario saber con fijeza lo que constituye la perfeccion del hombre y la perfeccion de la sociedad; conocer las leyes del perfeccionamiento ó

del progreso de uno y de otra; en una palabra, estar en posesion de la verdadera doctrina moral y social. Aquel que no, la posee debe procurar adquirirla, y en el entretanto sobre esta materia no tiene otro derecho que callarse. El progreso sin principio y sin objeto no es sino una carrera á la aventura, ó mas bien, el movimiento desordenado de un hombre ó de un pueblo que se agita sin adelantar. El progreso supone, pues, un punto de partida, un punto de direccion, y el camino que conduce del uno al otro. El cristiano, señores, conoce este camino: *Viam mandatorum* (1), la ley moral y social, la ley de verdad y de justicia: él debe decir con san Pablo: Yo la conozco con certitud, porque sé haberla recibido de Aquel que nunca engaña, de Aquel cuya palabra siempre se verifica.

« Apoyádonos en esta palabra, y en el espléndido conjunto de hechos que la confirman, no tememos afirmar que la civilizacion moderna no se distingue fundamentalmente de la civilizacion antigua sino en cuanto es cristiana, y que no puede alejarse del cristianismo sin retrogradar hasta el viejo estado social del paganismo. Decimos *fundamentalmente*, porque ciertas condiciones de la civilizacion ó son accidentales, ó en manera alguna afectan á su esencia.

« Así sucede por ejemplo con algunos grandes descubrimientos modernos. Ellos están sin duda en armonía con el destino del hombre, llamado por la Providencia á ejercer un imperio sobre la creacion; mas ellos no se relacionan sino con las condiciones secundarias y relativas de perfeccion social. ¿ Deseais de ello una prueba? Transportad en idea estos descubrimientos al mundo antiguo, y decidme; si estas invenciones modernas de alumbrado, de locomocion, de comunicacion rápida del pensamiento, habrian sido por sí mismas en la antigüedad pagana los principios de una renovacion moral. Pero no es necesario remontarnos tanto para convencernos de lo contrario. En el momento presente estas admirables invenciones ¿ no sirven así á la barbarie como á la civilizacion? ¿ El vapor no transporta con la misma rapidez los ejércitos que degüellan los pueblos y las fallanges que van á libertarlos? ¿ La electricidad no es mensajera que así anuncia la verdad como la mentira? ¿ No transmite así las órdenes de un usurpador ó de un verdugo, como las de una autoridad

(1) Salm. CXVIII.

legítima y protectora? La nueva luz que se derrama por las calles de las opulentas ciudades de ambos mundos ¿no inundaría también poblaciones desdeñadas é infelices abandonadas al hambre y á la degradación, si la policía no encerrara estos nuevos esclavos en sus tristes cobertijos, alejándolos de la vista de los venturosos, que por cierto no van en su busca? Estos progresos, estos descubrimientos pueden servir de la misma manera á la barbarie disciplinada que á a civilización, al error que á la verdad, al mal que al bien: todo esto no es civilizador sino por el modo como se usa. Repitámoslo, pues, con seguridad: la civilización en su esencia no es otra cosa que el estado de perfeccion social; civilizar no es otra cosa que llevar al hombre y á la sociedad hácia aquel estado por la realización, cada día mas perfecta, de la ley moral y social, de la verdadera doctrina sobre el hombre y sobre la humanidad.

«Si ahora quereis convenceros de que JESUCRISTO ha creado el mundo nuevo, la verdadera civilización moderna, es necesario ver como en la civilización antigua, no digo primitiva, la idolatría era el fondo de la ley moral y social, como ella reinaba en los corazones, sobre los altares y sobre los tronos, y como Cristo la ha despojado de este triple imperio.»

En los anteriores párrafos del P. Dechamps, se halla restablecida la verdad de las palabras.

La Iglesia, que vive en el siglo XIX, propaga una civilización correspondiente á sus necesidades; protege un progreso en armonía con los altísimos fines que Dios ha señalado á la sociedad.

Es una anomalía solemne sostener que la Iglesia pretende sustituir el estado político de hoy por el de la edad media. Aquella fué anatematizada por sus errores, como por los propios respectivos lo es la nuestra. Los papas publicaban en aquel tiempo documentos tan amargos como los que hoy publican; los obispos hablaban un lenguaje idéntico al nuestro. ¿Pues qué? la edad media no estaba constituida por hombres? Los hombres ¿no constituyen lo que se llama el mundo? por ventura se ha inventado hoy el *Vos non ex mundo estis* del Evangelio?

No; el pontificado no quiere detener el curso del tiempo, que la Providencia desarrolla; quiere proporcionar á nuestra época, como á todas las anteriores, el apoyo de los principios de eterna justicia,

de los cuales recibe el vigor, para que nada se funde en falso, ni ande por vías torcidas; ni la civilización, ni el progreso.

Pero la civilización lo admite, el progreso lo admite. Todavía mas, condena explícitamente á los que digan que: *los decretos de la Silla pontificia impiden el libre progreso de la ciencia*; afirma el progreso civil, en el hecho de condenar á los que sostengan que «el progreso civil exige la derogación de ciertas inmunidades personales de los clérigos, en una sociedad constituida sobre legislaciones liberales,» de modo que en esta proposición el Pontífice manifiesta la compatibilidad entre las legislaciones liberales, el progreso civil y las inmunidades eclesiásticas.

Hé ahí el espíritu del pontificado sobre la civilización y el progreso. Queda la cuestión del liberalismo, cuestión eminentemente política.

En la alocución *Jam dudum*, se define la especie de liberalismo moderno que la Santa Silla condena. El liberalismo que el Papa condena y que él definió, debe ser combatido por todos los medios nobles y eficaces. Aquel liberalismo es, segun la alocución *Jam dudum*, el que «mientras presta su protección á los cultos no católicos «y no impide á los infieles el obtener cargos públicos y cierra á sus «hijos las escuelas católicas, enójase contra las comunidades religiosas, contra los institutos fundados para regularizar las escuelas «católicas, contra muchísimos eclesiásticos de todas categorías, re- «vestidos de grandes dignidades, de los cuales no pocos están desterrados ó en las cárceles, y también contra los seculares que adictos «á Nos y á esta Santa Sede defienden con valor la causa de la religión y de la justicia;» que «protege con largueza á los institutos «y personas anticatólicas, despoja de sus legítimas posesiones á la «Iglesia católica, y emplea todos sus consejos y desvelos en disminuir «la saludable influencia de la propia Iglesia;» que «mientras concede la mas amplia libertad para la publicación de frases y escritos en «que se ataca á la Iglesia y á los que le son sinceramente adictos... «y mientras anima, sostiene y fomenta la licencia y se muestra tolerante con los violentos excesos que se cometen de palabra y por escrito, emplea toda su severidad en castigar á los aludidos si juzga «que salvan, ni siquiera levemente, los límites de la templanza.»

Lo repetimos, aunque no es necesario; para escribir contra este liberalismo, ó mejor, segun dice Pio IX, este llamado, *uti vocant*, liberalismo, siempre tenemos la pluma en la mano. Porque es un sistema

eminentemente antireligioso, y por lo tanto disolvente de la sociedad.

Pero con honda pena de nuestro corazon hemos observado que algunos despues de haber enaltecido, segun es justo, los anatemas pontificios contra el *uti vocant* liberalismo, han elogiado inoportunamente, á nuestro parecer, un sistema no menos falso é injusto. Los elogios de la llamada Santa Alianza no están bien despues de la apologia del pontificado.

Insistimos mucho sobre este particular; el Papa, ni directa, ni indirectamente ha manifestado en ninguno de sus documentos aspiraciones á sustituir una política por otra.

«La encíclica» no significa ninguna coalicion; todavía mas, es la declaracion suprema de que la Iglesia se basta á sí misma para triunfar. Y en el supuesto que juzgara oportuno apelar á los ejércitos en apoyo de sus derechos, no ofreceria este honor á la impia y cismática Rusia, que medio siglo hace trabaja para descristianizar la Polonia, y que viendo que no puede descristianizarla, hoy la degüella, mientras destierra sus obispos, insulta sus monjas y cierra los templos; no ofreceria este honor á los ejércitos de Inglaterra la protestante, que pisotea y oprime á la fiel y devota Irlanda; ni á los ejércitos del Rey de Prusia, protector simultáneo de la secta evangélica y de las sociedades secretas. El Papa, que no puede reconciliarse con la civilizacion moderna, en cuanto es un sistema establecido para contrariar, y si fuera posible destruir la Iglesia de Jesucristo, tampoco puede reconciliarse con la civilizacion moderna, formulada en el año quince, por el protestantismo oriental y occidental.

Hablamos así explicitamente para apagar los fuegos de la prensa impia que ataca al pontificado, presentándole solidario de las elucubraciones de algunos políticos.

Esta elevacion de miras en que se ha colocado se vé mas claramente, observando que despues de sus protestas contra los errores originados de la política *del sufragio universal*, protesta igualmente contra las tendencias de los gobiernos á emanciparse de toda ley, á declararse árbitros supremos de los pueblos.

Es decir, despues de haber condenado los errores del liberalismo, condena las aspiraciones del absolutismo, envueltos en esta proposicion: *El Estado, como que es el origen y la fuente de todos los derechos, goza de un derecho que no se halla circunscrito por ningun limite.*

Véase, pues, como el Papa al publicar su *encíclica* no ha tenido miras sistemático-políticas: el absolutismo y el liberalismo, que se separan de los *principios de eterna justicia de los cuales la Santa Silla recibe el vigor*, todo se halla condenado, que quiere decir, todos los elementos de orden social, político y religioso se hallan de nuevo vigorizados y afirmados por su palabra. Ella en el orden político salva la bondad de todas las instituciones.

VIII.

Despues de «la encíclica» Pio IX se presenta consecuente con su pasado, digno de lo presente, á la altura del porvenir.

Algunos hombres superficiales ó apasionados pretenden sostener que el pontificado de Pio IX presenta dos fases diametralmente opuestas; que Pio IX no es en la segunda época de su pontificado lo que fué en la primera. Los que en el período de entronizacion le combatieron con audacia, los que llevados por la exageracion del celo se atrevieron á sostener que no era conveniente el rumbo que se hacia tomar á las cosas eclesiásticas, hoy aplauden con fervor, con entusiasmo. Guárdenos Dios de desvirtuar estos aplausos, ni de debilitar este fervor. Por mucho que sea el entusiasmo por Pio IX, no alcanzará á igualar la inmensa talla que el cielo le ha concedido. Incomparable es la magnitud de su espíritu, y trascendentalísimo el carácter de la mision que viene desempeñando en la historia.

Pero, la circunstancia de haber constituido la oposicion de Pio IX en 1846 los que hoy se unen á nosotros para aplaudirle, nos impone el deber de emitir algunas consideraciones sobre la consecuencia del gran pontífice de la época.

Pio IX es dos cosas á un mismo tiempo: pontífice y político. En ambas cualidades se nos presenta consecuente con su pasado.

La encíclica del dia 8 de diciembre de 1864 en nada se diferencia de la del dia 9 de noviembre de 1846. Aquella es la confirmacion de ésta. Nada mas á propósito que copiar aquí los comentarios que sobre la encíclica del 46 escribió en su célebre opúsculo titulado *Pio IX el inmortal* Balmes, en su capítulo: *El Pontífice.*

Decia Balmes:

«Lejos de que Pio IX se haya alucinado sobre el espíritu de la